



ALMAS SALVAJES

Triskelion, las reliquias perdidas
y el velo del tiempo

ELIZABETH HAY



ALMAS SALVAJES
Triskelion, las reliquias perdidas
y el velo del tiempo



Primera edición: abril de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Elizabeth Hay

ISBN: 978-84-18663-62-8

ISBN digital: 978-84-18663-63-5

Depósito legal: M-9505-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, R. Dante y C. Adeline

«En cuanto al amor, todos vivimos exactamente lo mismo. Solo que con distintos personajes, en diferentes entornos y épocas».

ELIZABETH HAY

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
PREFACIO.....	17
PRIMERA PARTE: LA MALDICIÓN CELTA.....	25
Capítulo I.....	27
Capítulo II.....	35
Interludio I.....	47
Capítulo III	99
SEGUNDA PARTE: LAS HORAS OSCURAS	117
Capítulo IV.....	119
Capítulo V.....	151
Interludio II	163
Capítulo VI.....	205
TERCERA PARTE: BESADA POR EL FUEGO	229
Capítulo VII.....	231
Capítulo VIII	245
Capítulo IX	261
Capítulo X.....	277
Interludio III.....	289
Capítulo XI	331
Capítulo XII.....	343
Capítulo XIII	355
Capítulo XIV	363
AGRADECIMIENTOS.....	371
ÍNDICE DE PERSONAJES	373
NOTAS DE LA AUTORA ACERCA DE LA FICCIONALIDAD EN LOS INTERLUDIOS	375



Prólogo

Los celtas fueron un pueblo con una cultura fascinante y rica que merece la pena mencionar en cualquier época y en cualquier medio oral y escrito. Se puede decir que toda la cultura europea ha sido inspirada en mayor o menor medida por lo que los celtas nos transmitieron. El universo celta te lleva desde los mitos y leyendas de hadas, a los gnomos y bosques encantados en medio de las sangrientas batallas y guerras que decidieron el destino de todo el mundo occidental y marcaron nuestra historia, con los imperios y dinastías de los países que hegemonizaban el mundo y que lo hacen aún en nuestros días de la mano de políticos, reyes y organizaciones secretas antiquísimas por medio de dinero y la explotación inmoderada de los recursos a cambio del oro negro o la supremacía del poder. Desde cualquier parte del mundo el misticismo que les embarca, al igual que el halo de misterio de sus tradiciones, guerras y ritos, nos han llevado a ser lo que somos. Y aunque como pueblo independiente hayan mermado en los anales de la historia, permanecen con nosotros, y esa sangre inmortal es la que ha creado los pueblos y reinos subsiguiente en Escocia, Reino Unido, Irlanda, Italia, Francia, Grecia y España, los mismos que en la Edad Media y las subsiguientes se convirtieron en conquistadores, saqueadores y constructores de todo lo que conocemos hoy en nuestros días.

Aquella raza antigua con idiosincrasia propia, cultura y religión son nuestros antecesores, y nosotros somos sus descendientes directos, porque su sangre aún corre en las venas de los reyes y en

la de todo el pueblo aledaño donde se forjó su historia. Por ello los celtas, como pueblo y cultura, son parte de nuestro legado. La forma como moldearon el hierro y el cobre dándole nombre a una Era; sus técnicas asombrosas de tejidos e indumentaria colorida y funcional, que si echamos atrás una mirada fugaz serían los antecesores de los abrigos y cazadoras de nuestra época moderna, así también como su trabajo excelso artesanal que nos llega a manera de herencia hasta nuestros días, ahora de la mano de las famosas casas de moda que utilizan sus formas; sus símbolos y tartanes para crear piezas exquisitas y lujosísimas; su valentía en batalla que inspiró a los viejos imperios, como el romano y el griego, y sus leyendas que nos llegaron de la mano de los cuentos de niños que las editoriales e imprentas nos dejan ahora como si fuesen los antiguos bardos del pasado que de generación en generación transmitían su legado y sus hazañas. Su música, aquellas notas suaves y melódicas del laúd, el cuerno y la lira que han desencadenado hasta convertirse en esa guitarra eléctrica y el arpa de nuestros días. Sin duda alguna, la cultura de los «keltoi» nos hace soñar e imaginar lo impensable, estos hombres y mujeres considerados bárbaros y salvajes eran mucho más organizados que muchos de los pueblos de nuestra época actual en pleno siglo XXI. En la época de los celtas existía un sistema de castas, pero no las disecciones actuales en cuanto a las discriminaciones por géneros. Debemos recordar que el término «bárbaros» en su mayoría les fue otorgados por los romanos y los griegos que fueron los que nos legaron su historia de la mano de sus clérigos y monjes allá por el siglo XII y XIV; pero como siempre y actualmente aún acontece, debemos recordar que la historia se va a contar siempre desde la perspectiva del pueblo regente por antonomasia, ya bien dice el dicho: «Conoce la dos partes de la moneda, o en este caso de la historia, y saca tus propias conclusiones»; pero si hablamos de historia del pasado, si nos imaginamos a los sangrientos romanos y sus gladiadores en el Coliseo, y a los griegos, en sus empalizadas batallas como las de Troya de diez años contra los helenos entre otras, nosotros en pleno

siglo XXI también podríamos considerarlos a ellos, a los antiguos griegos y romanos como bárbaros, aunque nosotros también los fuésemos... Con nuestras armas de destrucción masiva, nuestras incansables guerras, los novedosos y famosos agentes químicos que serían en un futuro no muy lejano capaces de orquestar una guerra silenciosa con consecuencias nefastas capaz de asolar un continente o varios, con enfermedades creadas y diseminadas en focos de polución causantes de muertes indiscriminadas por las casas farmacéuticas y un buen puñado de líderes poderosos.

Por otra parte, el misticismo de la paradoja de los viajes en el tiempo y las reencarnaciones son dos conceptos que nos han intrigado desde el principio de los tiempos. El término reencarnación existe desde hace muchos siglos y ha sido tratado por pueblos y religiones de diversas maneras, en algunas culturas aceptadas y en otras más bien censuradas y repudiadas. Pero no se puede negar que es un tema que desde siempre ha fascinado a la humanidad y ha adoptado con el tiempo a multitud de adeptos en todas las partes del mundo. Existen religiones que lo toman de manera más seria al hablar «de ese más allá y las repercusiones» en un mundo real plagado de mentiras y traiciones en lo cual los dogmas quieren suprimir las antiguas costumbres de albedrío por medio del sistema del miedo. Desde siempre se ha utilizado este término sugestivo como una medida de control de masas en cuanto control y sumisión de pueblos o personas, y aún se sigue utilizando en nuestra época actual, no solo en el plano espiritual sino en el de cualquiera índole con el fin de conseguir o perseguir fines personales o regionales. Los viajes en el tiempo, los portales a otras épocas y mundos, también han fascinado a los científicos y estudiosos de todas las partes del mundo surgiendo una multitud de teorías como las de: el agujero negro, el cilindro de Tipler, la materia exótica, las cuerdas cósmicas, etcétera. En esta novela se abordará un poco esta semántica mezclando datos históricos con personajes de ficción, con nombres propios o cambiados para estructurar una historia de misterio, acción y aventura que será la antesala de los libros

subsiguientes porque, en resumen, desde mi perspectiva personal, los celtas fueron una tribu excepcional en todos los aspectos: en religión, en política, en cultura y en economía. No es sino esperar que surjan muchísimas más historias que hablen de ellos en la posteridad, porque el dinero, el poder, la traición, el sexo, la rivalidad, la religión, las batallas y las guerras, la vida y la muerte son el compendio de los albores y anales de la historia de la humanidad, de la cual aún no se ha escrito la última página.

Prefacio

Muy cerca de las inmediaciones de la desembocadura del río Liffey, dejando atrás el pueblo costero de Howth, rumbo hacia la costa de Malahide, una pequeña almadía singla las aguas tras el sonido corto y potente del remo que chapotea el mar al adentrarse dejando tras su acción el sonido constante de su avanzada que impulsa la barca hacia su destino. Un lánguido y enjuto remero con la vista clavada hacia el horizonte observa con detenimiento la sibilina silueta que se erige ante él, alta e impasible, cobijada por la sombra del anonimato que le otorga la larga y oscura toga con capucha que recubre su cuerpo; la presencia impertérrita del extraño tripulante lleva a su costado un candelero metálico con lumbre que le sirve para iluminar el tenebroso y umbrío entorno costero a su paso. A lo lejos, a escasos minutos después emerge entre el denso follaje el avistamiento de una tierra coronada con tres cruces enormes celtas antiguas y casi como de entre la nada se yergue de repente la imagen de una silueta borrosa, alta y delgada que se mueve como un espejismo en el horizonte. Las nubes espesas que hasta hace escasos minutos taponeaban el manto estelar comienzan a disiparse como huyendo en el cielo poco a poco, dejando atisbar ahora un paisaje claroscuro bañado por los rayos iridiscentes de plata provenientes de la luna que a manera de haz luminoso baña con sus reflejos el claro proyectando sombras bailarinas mientras el bote flota sereno en el mar.

La nave tocó tierra, la imponente figura se puso en pie y osciló, unos pies saltaron del navío en medio de la opacidad silenciosa surgiendo de entre la arboleda la imagen ahora clara de un hombre sosteniendo una antorcha de cera que solo le iluminaba la perfilada nariz y los labios prietos. No tardó en hacer aparición el segundo sujeto escondido entre las sombras sujetando unas riendas alargadas de cuero atadas a un corcel negro, no muy lejos de los otros dos pura sangre y enormes caballos que bufaban y pastaban. Aquel hombre, el tercero, era mucho más bajo y recio con rostro macilento, nariz pronunciada y con una enorme cicatriz alargada que le atravesaba la mejilla derecha. El sujeto más bajo de la toga oscura extendió presto su mano depositando unas monedas que resplandecieron con el brillo metálico en las manos del remero, al mismo tiempo que el ignoto tripulante descendía del esquife y montaba el caballo ante el bufido de disconformidad que mostraba la bestia al sentir el peso sobre su lomo. Rápidamente emprendieron la marcha los tres jinetes, cabalgando momentos después, atravesando el camino rumbo hacia el castillo sin detenerse, hasta que en medio de las copas de los árboles se divisó como un gigante dormido, la imponente fortaleza de piedra de Malahide en medio del paisaje verde y agreste, rodeado de campos fértiles y vegetación densa que ahora lucía opaca y velada por una especie de bruma blanquecina nocturna que dificultaba la visión. Lo único que iluminaba el manto estelar era la luna llena, que con sus hilos de plata descendía dando la impresión de atisbar sombras irreales y formas extrañas sobre las superficies gélidas y rústicas de los muros empedrados con interiores estucados. El chirrido de una puerta de madera provocado por las antiguas vigas que cedían al paso abriéndose en la mitad de la noche les indicaba que todo iba según lo pactado. Poco a poco, un pequeño grupo de cinco encapuchados entraba en solitario al edificio de uno en uno, como guiados en una procesión en medio de la sobriedad que daba el esoterismo. Ya dentro del recinto de piedras, el anfitrión de la casa, el señor Talbot, les condujo a través de un oscuro pasadizo en el que solo se lograba vislumbrar

al final del largo pasillo la luz flameante de una de las antorchas que desvelaba de a poco y por trozos el oscuro y frío corredor. El propietario vestido completamente de negro y en completo mutismo tomó una de las antorchas que pendían de las paredes y recorrió con el grupo en solitario los pasajes atravesando las enormes torres con ventanales minúsculos alargados conduciéndoles cerca de la escalera de piedra hacia el Oak Room, la vieja habitación que era usada como capilla para la penitencia, que no era más que un gran salón oscuro y vacío ataviado de roble del suelo hasta el techo, con dibujos de origen flamenco que incluían seis paneles con imágenes de la Biblia que se encontraba en la dirección opuesta a los altos ventanales rectangulares y angostos que ahora lucían recubiertos con pesados cortinajes alargados de cuero. El salón estaba solo decorado por las dos enormes lámparas de forja de rueda y el juego de dos candelabros muy altos de tres pies con varios pinchos de metal en donde reposaban las velas clavadas que otorgaban lumbre a la habitación. El más alto de los cinco encapuchados de anchos hombros se detuvo cuando el señor Talbot deslizó uno de los paneles que daban un acceso oculto a una de las cámaras angostas y a los oscuros corredores que parecían extenderse más allá de la vista. El gigante encapuchado se dio la vuelta y elevó el rostro dejando ver sus ojos almendrados y oscuros por primera vez desde que había llegado, observando detenidamente a su anfitrión. El señor Talbot era un hombre sagaz, alto y fornido con larga barba grisácea y mirada inquisidora, que sin pronunciar palabras y enarcando una ceja les condujo diligente mostrándoles el pasadizo a seguir, dejándoles constar con solo una mirada que sus caminos se bifurcaban justo allí, y que solo él y el resto de los cinco encapuchados serían los únicos que se adentrarían más por el oscuro pasadizo rectangular. El señor Talbot inclinó la cabeza y dio un paso atrás sosteniendo el panel mientras los otros cinco hombres ingresaban cerrándose detrás de ellos el acceso secreto, quedándose el grupo completamente a oscuras en el interior. Los cinco encapuchados dieron unos seis pasos antes de alcanzar en la pared una tea con un

pañó previamente empapado de brea que les sirvió para encender la antorcha y proseguir su camino. Al final del recorrido llegaron a un habitáculo húmedo y umbrío que en el centro tenía una especie de pica de piedra que sobre sus cabezas era iluminada por la luz proveniente que se colaba directo por la hendidura cónica del techo, desembocando en una especie de altar. El ignoto situado a mano derecha del líder prosiguió a encender los candiles ornados con un recipiente que poseía un garfio que permitía colgarlos de las anillas metálicas en las paredes como lámparas votivas que permitían una trémula luz que se extendía iluminando solo un poco, creando una atmósfera cargada de ocultismo, como si cada uno de los integrantes invitados a esta ceremonia siguiese una especie de ritual en el cual, todos los miembros, salvo el quinto elemento, conocían todos los pasos a seguir y los ejecutaban en sincronía pasmosa. De entre las sombras a los pocos minutos emergió la imagen de un anciano enclenque que efectuaba las funciones de guardián y que caminaba jorobado llevando a cuestas una especie de manuscrito grueso y antiguo. La voz atronadora del líder retumbó en las paredes a manera de eco que se esparció en todas las direcciones mientras las llamas ardientes de las velas se reflejaban en cada uno de sus rostros desvelando sus identidades.

—Estamos aquí reunidos los seis con el objetivo de forjar una alianza militar oculta e imperecedera que nos permitirá salir victoriosos y ser inmortales en nuestras tradiciones y cultos... Nuestra amenaza real son los «sassenachs», que nos están llevando a la extinción de nuestra raza y nuestra lengua, y eso no podemos permitirlo; algunos necios, líderes poderosos, insisten en crear alianzas y continúan batallando, ganando y perdiendo luchas que solo nos llevan al desgaste y a la muerte. Nosotros, los aquí reunidos, hemos acordado unirnos y defender nuestro territorio y el poderío y control de nuestras tierras convirtiéndonos en conjurados. Al practicar este ritual, todas las partes aquí presentes nos convertiremos en «hermanos de sangre» y velaremos para el cumplimiento del mismo pacto de generación en generación. Un *pact de snaggier* es un

pacto sagrado, y en el preciso momento en que se solemnice todo por medio de ritual quedará claro que lo que pertenece a una de las partes del pacto quedará de hoy en adelante a disposición de todos los hermanos, y que los destinos de todos pasarán a estar unidos desde este preciso momento en algo perpetuo e indisoluble que se transmitirá a los hijos de sus hijos hasta la tercera o cuarta generación que lo respetarán y lo guardarán como dictan las escrituras. Queda claro para todos los aquí reunidos que bajo ningún concepto ninguno de nosotros puede aprovecharse del pacto o romperlo; en otras palabras, esta hermandad de sangre es un pacto que no se puede anular. Al mismo tiempo, ninguno de los hermanos reunidos aquí pedirá nunca nada a ningún otro hermano, a menos que se viese absolutamente forzado a hacerlo por necesidad.

Todos allí presentes se acercaron y se formaron en forma de un círculo, de dentro de los pliegues de sus túnicas gruesas oscuras sacaron una daga y se perforaron los pulgares uniéndolos y lamiendo el dedo del compañero más próximo a su izquierda. El viejo guardián del libro sagrado se acercó acto seguido con el cuerpo de un niño en los brazos que estiraba sus bracitos y piernitas precedido de un ligero gorjeo. El techo estaba abierto en el centro, por él se derramaba la luz lunar sobre el cuerpo del niño que era colocado desnudo sobre un ara de la grisácea pica de piedra. Junto a él, el más alto, el líder, murmuró las palabras rituales en medio del círculo alumbrado por las trémulas llamaradas de las velas. El resto de los conjurados presentes repetían las frases y las letanías una a una, todos unidos en una conjura por obtener el poder de expulsar a los grupos enemigos y restablecer el poderío absoluto de las tierras para conservar y aumentar las posesiones, todos unidos sellaron esa noche su traición a Rory, el gran rey supremo de Ériu mediante el sacrificio de sangre. Un puñal brilló en la noche. Un destello fugaz se vio seguido de un leve gemido. La sangre y las vísceras se vertieron en una copa mezclada con vino previamente servido. Uno a uno, todos los conjurados perforaron sus muñecas con un fino corte horizontal, presionando la herida hasta verter

unas gotas de sus sangres en el mismo recipiente bermejo, mezclándose las respectivas sangres de cada uno en una mezcla amalgamada y viscosa, creando el elixir de la vida nueva a partir de hoy de la que todos beberían uno a uno hasta acabarse la última gota. Una corriente de aire que se coló en el habitáculo apagó momentáneamente la lumbre de las velas dejando todo en una oscuridad momentánea, los conjurados con los dientes tinturados y las sonrisas prendadas en sus rostros sellaban sus destinos. Ya estaba todo hecho y dicho, eran hermanos de sangre, sus destinos estarían asociados desde ese momento para siempre. Ninguno de los allí reunidos se atrevería en el futuro a romper el pacto.

«No existe una unión más fuerte que la sangre. Por medio de ella llevamos a cabo un pacto supremo entre el alma y el cuerpo. Desde los inicios ancestrales todas las civilizaciones se han forjado con sangre. En las culturas primitivas la sangre sella los pactos de colaboración, de unión, de supremacía y sumisión, de guerras y conquistas, de esoterismo y misticismo. La sangre crea los lazos invisibles en unión tribal y es la forjadora del nacimiento de los clanes. Pero no todo aquello es parte del pasado. La sangre crea un vínculo indisoluble y fuerte en todos los niveles de la vida y ha sido asociado en el pasado a los llamados pactos de sangre, que no son solo propios de las culturas primitivas, aún son latentes pero ocultos en nuestros días. La época clásica de Occidente y Oriente, la raíz de nuestra cultura actual occidental, la civilización que mostró a los hombres la luz de la filosofía, de la alquimia, de la matemática, la poesía y el arte, dio muestras de actos atroces y espeluznantes holocaustos forjados y labrados por medio de la sangre, aquel líquido vital dador de vida. Hoy en el siglo XXI y a pesar de ser un reconocido criptólogo historiador, orador y director del centro de estudios irlandeses y escoceses en la afamada Trinity College of Dublin. Nadie mejor que yo conoce a ciencia cierta las condiciones y los efectos de la rotura de uno de estos ritos litúrgicos conside-

rados paganos en nuestros días, pero que en algún momento de los albores de nuestra historia, en eso que llamamos el ciclo de ir y venir del tiempo, eran lo más normal en el día a día de los pueblos y clanes. Aquellos lazos de sangre, cualquiera fuera su naturaleza, constituían mucho más que un juramento, una promesa indestructible en la que ambos contrayentes encarnados debían mantenerse unidos bajo el previo juramento hasta la muerte. De ser deshecho aquel pacto intrínsecamente ligado quedarían expuestos a las consecuencias nefastas inherentes. Pero ¿qué puede hacerse cuando aquellos pactos no nacen de la previa aceptación de las partes sino más bien de todo lo contrario, de pactos obligados carentes de voluntad por medio de la sumisión de terceros sin ninguna opción por medio de las partes contrayentes? Desobedecer, resistir y dar batalla asumiendo las consecuencias. La resistencia es la oposición a un agente externo para intentar impedir la finalización de la labor encomendada con el solo fin de que esta, no se concrete, desafiando a quien quiera que sea y al mundo entero si fuese necesario, porque las situaciones desesperadas, requieren de medidas desesperadas, y más cuando estas nacen de un sentimiento tan profundo y fuerte como el amor... Si te digo que la conexión cósmica no es una falacia, que las almas gemelas y rebeldes existen, que la maldad siempre dice venir de la mano de la verdad y la razón para justificar sus atroces actos, que la felicidad son solo momentos robados de tiempos truculentos, algunas veces envueltos en misteriosos caminos intrincados... Que el sufrimiento, el dolor y las pérdidas nos permitirán reconocer lo invaluable, pero nos lastimará sin poder evitarlo. Que la naturaleza, aquella esencia etérea, salvaje e indomable y superior en armoniosa concepción nos devolverá con creces de la manera menos pensada lo que le estamos quitando... Y que yo, el vikingo errante, el alma indómita e idealista peregrinaré incansable en cada vida, para pagar el precio por volver a encontrarte».

Primera parte:
La maldición celta

«Con una historia escrita en sangre y el legado tallado en piedra,
no hay mejor supervivencia que la de los irlandeses».

PROVERBIO IRLANDÉS

Capítulo I

Dublín, 2018

Uoche brumosa, sombras inquietas, oscuridad total. Soy consciente de que duermo, de que desde hace unos minutos mi cuerpo ha entrado en la fase de relajación. Mis músculos se destensan, se reducen mis latidos, pero inevitablemente una parte de mí sigue despierta. Soy consciente de ello porque siento una presencia amenazadora respirando a mi costado, rodeándome, contemplándome y haciéndome helar hasta los huesos. Mi cuerpo permanece laxo, pero yo lucho con furia contra las fuerzas de la física cuando le siento posarse sobre mí. Siento su peso y en consecuencia la cama cede por el peso de nuestros cuerpos en un chirrido casi imperceptible. Percibo sus extremidades huesudas y frías; mi cuerpo entero experimenta la sensación de miedo y desasosiego, pero no puedo permitirme claudicar; no dejaré nunca que usufructúe mi cuerpo. Lucho, lucho contra los músculos distendidos que casi no responden a los dictámenes de mi consciencia mientras intento apartar la presencia; me siento débil y pruebo abrir los ojos, intento despertar del letargo, pero no lo consigo, y hago lo primero que se me pasa por la cabeza: rezar, rezar, para ahuyentar las ánimas. No me considero devota, sino más bien todo lo contrario. Soy una pagana declarada, pero siempre he encontrado cierto tipo de paz en la oración y en ese ser supremo que sé que existe, aunque

no sea especialmente corpóreo y magnánimo como lo describen algunas religiones. Me concentro murmurando en mi memoria extrañas letanías antiguas mientras persevero; la presencia adquiere más fuerza y noto cómo se deshace de mi ropa abriéndose camino a tientas sobre mi piel, oprimiendo mi voluntad, separando la sutil gaza blanca de lencería que apenas recubre mi cuerpo. Es como si quisiera tener acceso expedito para poseer y reclamar lo que no le pertenece. No habla, pero puedo sentir su oscuridad, el manto negro que rodea su aura y su espíritu acechador. Sigo bregando incansable, tratando de apartarla de mí, siento el tacto frío y el corte afilado de sus uñas que laceran mi carne sosteniendo mis muñecas. Rezo e imploro porque mi alma regrese a mi cuerpo para que no haya cabida para nada más, no desfalleceré, no dejaré que nada que no sea yo en esencia ocupe aquel lugar. Batallo en aras de librarme del asedio inminente que me mantiene presa en ese momento, mis pulsaciones se han disparado y mi respiración es trabajosa, justo como cuando vuelvo después de hacer mi sesión de *footing* en el Phoenix Park. Siento sus garras reteniéndome y por la presión que aplica para someterme de cualquiera manera, siento las puntas de las mismas uñas como navajas insertándose en mi carne, en la lucha incansable mientras espera darse un festín con mi cuerpo. Sigo combatiendo con fiereza hasta que ocurre, mi alma entra en mi cuerpo y la oscuridad se desvanece, al mismo tiempo que abro los ojos como platos y como una especie de sonámbula con la respiración agitada, salto de la cama, doy cuatro cortos pasos y enciendo la luz. Aquella estela flagrante que borra de un solo plumazo la oscuridad, cobra vida al segundo y todo lo malo desaparece, miró el reloj al costado de la mesita del buró. Las agujas del minuterero y el horario marcan las 03:30 horas. Siento como si la presencia aún continuara allí pero hubiese perdido fuerza. Mi corazón sigue latiendo en descontrol cuando tomo el paño de la puerta decidida a evadirme. Una fuerza avasalladora me impide seguir adelante haciéndome barrera, como si de repente la puerta frágil hecha de conglomerado fuese de piedra. Siento el

latido de mi corazón en los oídos, debo tomar una decisión, luchar o ceder. Por breves instantes la incertidumbre y el miedo vuelven a apoderarse de mí, desconozco lo que me encontraré si atravieso el umbral de la puerta, pero algo superior me insta a proseguir; lo hago, me deslizo cruzando el oscuro corredor del pasillo de mi apartamento ubicado muy cerca de Castleknock y prosigo caminando con el corazón retumbando en mi caja torácica como un tambor de guerra. Llegó a la sala, la luz que se presumía apagada está encendida y solo puedo ver desde la distancia su cabello largo ensortijado marrón oscuro y su ancha espalda. Mi corazón da un brinco, prosigo caminando hasta situarme con convicción delante de aquel espectro de la noche que parece haber adquirido como por magia una presencia corpórea para revelarse, me situó delante del sofá sin dejar de temblar y le observo, le observo detenidamente... Hasta hace minutos previos mi mente había construido con su increíble imaginación las formas deformes posibles y el rostro de los espectros de la noche, monstruos de caras fantasmagóricas con dientes amplios y mirada vacua, púas quizás salientes de sus espaldas, despojos de carne colgantes, jorobas y garras como arpones de ballenas en vez de manos. A la velocidad de luz creo criaturas extrañas con cuerpos verdosos, ojos saltones, alargados y negros, lo que sea que pueda ser atribuido como la imagen que los medios y las revistas describen a los UFOS o a los grises, pero para mi sorpresa, su aspecto no es cadavérico y grotesco, sino más bien, constituye todo lo que jamás hubiese cruzado por mi cabeza. Su imagen, el rostro que me observaba fijamente, es el de mi marido que sabía que aún yacía en la cama de la cual me acababa de levantar. Sabía conscientemente que no se trataba de él en realidad, sino que la presencia había adquirido su forma por lo cual la sangre y la adrenalina me dieron la fuerza suficiente como para afrontarle aun tiritando y con un hilo de voz sin siquiera dejarle intervenir, espetándole colérica:

—¡Quiero que te vayas de mi casa y de mi vida ahora y no regreses nunca más, espectro de la noche!

Mi declaración simple estuvo a punto de no ser enunciada en voz alta cuando él me miró a los ojos e hizo un ademán de tratar de pronunciarse. Pero mi voz, aunque quebradiza y nerviosa, salió de mí tajante y con tal furia que la criatura se mantuvo en completo mutismo observándome, para de golpe ponerse en pie. Para mi sorpresa era mucho más grande de lo que hubiese imaginado, mucho más que Bastian. Su porte era el de un gigante, sus ojos aunque azules rasgados tenían un aura oscura. No dijo nada mientras avanzaba en mi dirección; yo di dos pasos atrás con los ojos bien abiertos y justo al momento de alcanzar mi muñeca con su tacto helado y su sonrisa siniestra, yo volví del mundo onírico levantándome de golpe. Al despertar quise convencerme de que todo aquello fue solo una alucinación producto de mi mente, yo creí estar despierta antes y enfrentarle, pero lo cierto es que seguía sumida en una extraña y oscura pesadilla que no se desvaneció ni siquiera al levantarme de improviso de la cama y observar a mi lado la cruda realidad, el cuerpo de Bastian tendido a mi lado dormitaba aún tranquilo, inmerso profundamente en un sueño profundo y reparador, quizás a años luz de allí en un espacio etéreo mucho más agradable del que yo apenas dos segundos antes acababa de salir presa del pánico. Mi primera impresión luego de desviar la mirada fue deslizar prestos mis dedos sobre mi muñeca izquierda, la cual había sido marcada en medio del sopor, y ahora aunque despierta por completo aún sentía un ligero ardor inexplicable cerca de las venas verdes marcadas sobre mi piel aporcelanada, y aunque no pudiese atisbar ninguna señal de marcas, podía dar aún con el punto exacto en donde como un pinchazo había sentido en mi adormecimiento, cómo las largas y deformes uñas como especie de una aguja había incidido en mi piel mientras ambos nos peleábamos por primar el control de la situación, si así pudiese llamarse. No era la primera vez. Mi respiración continuaba alterada y descompensada por lo que decidí desembarazarme de las sábanas y abandonar el lecho echándome un ligero chal de lana mullida sobre los hombros, dirigiéndome al salón, cerrando los ojos, evadiendo-

me de las imágenes desde donde el ente malévolos minutos antes había decidido revelarse en mi contra. El recuerdo era tan real que yo por segundos lo había atribuido por realidad hasta hace poco, cuando empezó a desvanecerse de mi mente, no sin antes dejarme sumida en esa sensación de aprehensión y abandono. En mi experiencia profesional como psiquiatra había oído cientos de casos de aquel fenómeno conocido como la «parálisis del sueño», y yo misma lo había citado a algunos pacientes con síntomas de estrés exacerbado, poco descanso y mucha comida antes de dormir, pero en mi caso particular solo al dar por finiquitada mi alucinación y mi angustia, encontrándome alterada sin poder evitarlo, supe que mi experiencia había sido de todo menos aquella enunciada con vehemencia en los libros de psicología y psiquiatría. Me enfundé bajo la manta de sofá reclinándome sobre los almohadones, deslicé la mirada de soslayo cuando decidí ir a la cocina a prepararme una infusión de hierbas aromáticas que calmara mis nervios, la valeriana siempre me había ayudado en esos casos por lo que me dejé llevar arrastrando las pantuflas hacia la cocina. Poco a poco, las imágenes vivas que yo daba por realidad comenzaban a disiparse de mi mente mientras dejaba la taza humeante sobre la encimera y volvía al sofá. A través de las amplias ventanas la lluvia discurría incesante formando un tenue velo acuoso. Tomé la tableta para seguir con mis pendientes y la encendí tratando de avanzar en mi asignación. Si no podía dormir al menos debía hacer algo provechoso. A fin de mes tenía la presentación como conferencista invitada en la University College of Dublin cerrando el ciclo de la semana de «La ciencia y el hombre» en donde desarrollaría los recientes estudios y los avances en el campo basados en los experimentos de los años 50 conocidos como «La cueva de los ladrones y el experimento de Asch». Me armé de valor e inicié tomando apuntes...

Los primeros rayos del alba hicieron que Bastian Langlois se despertara. Debía marchar a toda prisa y dejar atrás su cómodo

pero estresante despacho en el National Museum of Ireland. El sonido de la alarma incesante paró de repente ante un golpe seco de la mano sobre el buró. Bastian extendió la mano para alcanzar su reloj de pulso notando el lecho frío y solitario, se puso en pie y se alistó a toda prisa y antes de marchar se dirigió al salón desde donde logró ver a Brianna dormida sobre el sofá, con las gafas puestas y la tableta a su costado derecho. Se acercó sigiloso y le quitó el dispositivo eléctrico y se inclinó para dejarle un sutil ósculo en la frente. Brianna suspiró y abrió los ojos para mirarle somnolienta. Bastian era realmente un hombre apuesto, alto y atlético de cabello marrón y ojos expresivos azules.

—¿Dónde vas tan temprano, *mon ange*?

—Te lo he dicho hace dos días: me voy a Galicia.

—¿España?

—*Oui mon bébé!* —dijo dándole un beso—. Me ha llamado Reinaldo Saineiro desde el Instituto Galego de Estudos Célticos. No me ha querido dar detalles más claros por teléfono, pero me dijo que todo tenía que ver con un descubrimiento que cambiaría la historia tal como la conocemos hoy día... ¡Estoy impaciente, lo admito! Saneiro nunca me llama si no está seguro de algo. Es importante, tengo que ir, hasta los del museo me han instado a afañarme con el viaje sin resolver mis pendientes en la clasificación de unos utensilios en calidad de préstamo que nos cedió Museo Arqueológico Nacional de Francia.

—Cierto, cierto, me lo comentaste ayer mientras comíamos en el Patrick Guilbaud.

—¿Por qué has abandonado la cama a mitad de la noche? Sabes que no me gusta despertar sin tu compañía, ¿has tenido otra de esas pesadillas?

—Sí. No quise despertarte.

—*Mon trésor*, eso también lo hemos hablado. Prométeme que irás pasado mañana Brianna a ver al Dr. Antoine Broussard. Él normalmente tiene la agenda llena los seis meses siguientes, me ha concedido esta cita como un favor especial, no la dejes perder. Lo

único que lamento es no estar en Dublín para acompañarte como hubiese querido, pero el deber manda.

—Está bien. Te lo prometo Bastian.

—Ya sé que no crees en esta dinámica cariño, como psiquiatra, es normal. Pero esto, tu aflicción, no está mejorando, tus colegas no han hablado de una solución, y yo simplemente ya empiezo a preocuparme.

—Lo sé, lo sé..., hasta yo he empezado a dudar de eso a los que ellos atribuyen al estrés y a la parálisis de sueño.

—Esa es la razón por la que he hablado con Jules y él me ha conseguido el número de un afamado especialista en el campo. Por favor no dejes de ir cariño. Jules ha movido cielo y tierra para conseguirlo, este tal Broussard es inaccesible e ilocalizable, normalmente tiene citas de aquí a dos años, ¿me entiendes?

—Lo sé, *mon ange*, iré, lo prometo —dijo ella elevando la mano y haciendo un mohín con los labios, mientras él le echaba una mirada inquisidora enarcando una ceja.

—Ahora debo dejarte, *mon trésor* —él se acercó y sus labios hicieron contacto en un tierno beso francés cargado de sonrisas y promesas.

—*Je t'aime Brianna*, no lo olvides.

—No lo hago, yo también te amo, *mon bébé*.

Brianna se puso en pie y estrechó el cuerpo macizo de Bastian entre sus brazos, elevando los dedos traviosos para tocar su agreste barba y revolverle los rizos bien acicalados del pelo. Él le lanzó una sonrisa, tomando el maletín que había dejado recostado junto a la puerta, escasos minutos atrás y atravesó el umbral volviendo el rostro para mirarla por encima del hombro lanzándole un beso al aire con la mano, antes de desaparecer de su campo visual.

